

De un sueño a una escuela

■ Primeros pasos de El Martinet



La comunidad se compone de un grupo de personas con expectativas diversas que comparten espacios y tiempos.

Un centro de reciente creación organiza, por edades, a tres grupos integrados por niños y niñas, sus familias, y otras personas adultas implicadas. Cada microcomunidad tiene su propio equipo de trabajo, sus servicios y unos ambientes disponibles donde realiza de forma libre investigaciones y narraciones que le generan nuevos interrogantes. Es un proyecto inquietante e incierto pero también fascinante y caracterizado por un rico imaginario.

Desde la posibilidad de pensar, idear, proyectar e incluso soñar con nuevos horizontes y para un centro público nació El Martinet, en septiembre de 2004. La escuela El Martinet, así como las ideas que de ella se desprenden, responde al deseo, al compromiso, incluso quizás también al anhelo, de proyectar aquello que un grupo de personas de manera ilusionada, a la

EQUIPO DE LA ESCUELA EL MARTINET
Correo-e: a8059883@xtec.net

vez que responsable, plácida y valientemente imaginaban para un nuevo proyecto. Un proyecto que propusiera alguna respuesta y que también generara nuevos interrogantes alrededor del crecimiento de los niños. Un crecimiento confiado a una dimensión compleja que requiere de miradas más amplias, más humanas, incluso más profundas. Y es desde este impulso inicial que la escuela se constituye con el deseo explícito de vivencia comunitaria, donde la comunidad aparece como la posibilidad que tienen un grupo de personas, que por motivos y con expectativas diversas se encuentran compartiendo espacios y tiempos, de decidir cómo será su vida en común. Serán, pues, aquellos fragmentos de tiempo y aquellos espacios que los reunirán bajo un mismo lugar los que configurarán esa vida común, que articulará y definirá la misma comunidad, una vida teñida de tránsitos y de encuentros, prometedora de sorpresas y descubrimientos, esperanzada como los tiempos de los niños.

Ahora bien, uno de los deseos, también iniciales, de El Martinet era poder encontrar formas a sus ideas y no limitarse a un sueño perdido entre fantasías del *puedo ser*. Así es como se desplegó desde su práctica, y es precisamente ésta la que lleva a nuevas ideas y nuevos paradigmas. Y aun sabiendo la complejidad que conlleva describir todos sus caminos, sus cobijos y sus praderas, procuraremos dibujar aquellos parajes que nos parecen esclarecedores de aquellas ideas y pensamientos que en la actualidad sustentan vertebralmente el proyecto.

Con el fin de atender a la concepción comunitaria de la escuela, su estructura está pensada en el marco de tres microcomunidades, cada una de ellas formada por niños y niñas de tres edades, sus familias y los demás adultos que estamos implicados en ella. Actualmente existen la Comunidad de los Pequeños (formada por niños y niñas de tres, cuatro y cinco años, sus familias y los adultos implicados en ella) y la Comunidad de los Medianos (actualmente integrada por niños y niñas de seis y siete años, pero que el curso que viene atenderá a los de ocho años también, así como a sus familias y a los demás adultos implicados en ella). El crecimiento natural de la escuela llevará dentro de dos cursos a iniciar la Comunidad de los Mayores (que estará formada por niños y niñas de nueve, diez y once años, sus familias y el resto de los adultos allí implicados). Unos ejes de pensamiento mantienen unidas a las tres microcomunidades, pero a la vez cada una de ellas puede tener miradas más cercanas a sus necesidades, a lo requerido por sus niños y niñas (pequeños, medianos y mayores), y nos permite a los adultos que estamos con ellos atender y focalizarnos más en estas demandas y sus acompañamientos. Cada una de las tres comunidades tiene su propia autonomía organizativa, sus propios servicios y espacios, su propio equipo de trabajo y su propia estética procurando así cuidar un valor que nos parece indispensable: el reconocimiento.

Un gran hábitat para una gran comunidad

El Martinet está concebido como un hábitat que acoge de nuevo cada día a una gran familia que se reencuentra, personas diversas que tienen cada rincón con sus acciones y sus miradas y dotan de significado a aquello que sin ellos sería estéril, un simple contenedor. Así aparece el concepto de

hábitat en el proyecto, como reafirmador de un espacio convertido en lugar, singularizado por las incansables búsquedas, investigaciones y demandas de todos los que día a día nos reunimos allí. Niños y adultos tejemos una nueva arquitectura, invisible para nuestros ojos, sutil pero presente, envolvente para todos. Un hábitat que requiere de un paso por el lugar con firmeza, un paso que imprime, a la vez que nombra y reconoce a cada persona.

Esta estructura comunitaria permite, aun siendo una escuela grande, un ambiente familiar rico en relaciones, donde las personas dejan de ser anónimas para pasar a ser reconocidas por su nombre, por quienes son y también por un respeto profundo a su historia. Procurar por el bienestar de cada una de las personas, niños y adultos, ha sido también otro de los ejes, junto con el concepto de comunidad, que inspiró desde el inicio el proyecto de la escuela. El deseo de bienestar nos sitúa de nuevo en una concepción determinada de los espacios y los tiempos, de las relaciones entre las personas, así como de la utilización de unos materiales u otros, de la presencia de los adultos en los diferentes momentos del día, de la participación de las familias y de los vecinos. Y atender a este bienestar rico y diverso es un reto a la pluralidad, un reto referido a dotar de posibilidades a cada una de las personas para poder ser y actuar en el marco de una esfera plural, teñida de diferencias.

Existen en cada microcomunidad unos ambientes disponibles para las acciones y transformaciones de los niños y niñas, ambientes diversos que los niños escogen para estar en ellos durante una semana (o si prefieren más de una) y realizar allí sus investigaciones y narraciones diversas, que generan más interrogantes y también nuevos descubrimientos. Estos ambientes están concebidos desde la investigación autónoma de niños y niñas de tres edades distintas, de manera que cada comunidad tiene los suyos. Son lugares pensados para atender aspectos distintos, aspectos globales referidos a dimensiones sensoriales, simbólicas, ámbitos de lo científico, lo social, lo artístico, lo doméstico; lenguajes diversos que permiten también caminos distintos. Los grupos que ocupan cada uno de los ambientes se renuevan cada semana (según las elecciones de los niños y niñas). Los adultos acompañantes (uno para cada ambiente) se renuevan cada mes, aportando y evocando así también miradas y presencias diversas en cada uno de ellos. La presencia del adulto es discreta, a la escucha de las acciones, palabras y demandas de los niños, procurando un sostén que dé seguridad, para permitir al niño centrarse en sus libres exploraciones.

Un desayuno comunitario preparado por un grupo de niños y niñas, un adulto acompañante y personas voluntarias (familiares o vecinos del barrio) nos invita a media mañana a abandonar los ambientes y nos reúne a todos los de la misma comunidad. Así, día a día y espontáneamente, se suceden reencuentros con compañeros del grupo de edad, entre adultos acompañantes de otros ambientes y con unas frutas y unas mesas preparadas con cuidado y al detalle pasamos un rato agradable comiendo y charlando acompañados.

Existen otros momentos, también en agrupaciones comunitarias de niños y niñas de tres edades distintas, donde se proponen proyectos para inventar, elaborar o fabricar alguna aportación a la comunidad; propuestas que surgen a partir de las ideas de los niños al hablar de nuevos elementos y estructuras

para el juego, servicios necesarios para la comunidad, etc. Es así como se establecen grupos de talleres (también elegidos por cada uno de los niños y niñas y acompañados por un adulto) que procuran durante un tiempo largo aportar alguna nueva estructura o material para la comunidad o se encargan de atender algún servicio necesario. Algunos de los proyectos ya desarrollados se concretan en la construcción de una cabaña para el juego en el exterior; la invención y construcción de una estructura sonora para jugar con el sonido, también instalada en el exterior; la fabricación de macetas de barro para las plantas de interior, así como el servicio de jardinería encargado en primer lugar de la plantación y más adelante del cuidado de las plantas. Son proyectos complejos que requieren de procesos elaborados de proyección, planificación y resolución de dificultades reales, además del manejo de técnicas y herramientas diversas. Responden a un acercamiento intencionado a una dimensión más artesana, más manual del hombre, que nos permite idear nuestros propios artilugios, hacer realidad nuestros diseños, y esto es un interés que crece también en los niños. Conseguir un canal que transporte el agua de la fuente al arenero es para ellos fascinante, incluso mágico, y nos recuerda los grandes retos de distintas civilizaciones o las ideas de grandes inventores que hicieron de aquello que parecía imposible una nueva realidad.

El Martinet, a su vez, no pretende ser un paraíso cerrado sin diálogos ni acciones hacia el exterior; entraría en un sinsentido sin salida. Sabemos que todo organismo necesita de palabras y acciones con su medio; de no ser así, él mismo firma su fin. Sabemos que requiere de permeabilidad con su exterior, de alimento para seguir. Así pues, El Martinet se plantea un diálogo que le vincule con su entorno. Un diálogo que nutra a la propia escuela pero que a la vez exija compromisos de ella misma hacia su entorno. Acciones que permitan participaciones diversas, encuentros de ciudadanos, escenarios comunes de generaciones distintas. Acciones también encaminadas a dejar pensamiento, a dejar huellas de la escuela y de las palabras e ideas de los niños, invitando así al resto de los ciudadanos a participar de la cultura de la infancia.

El diálogo con el entorno se concreta con acciones diversas, momentos dentro de la organización de la escuela que se dedican a facilitar este diálogo, invitando a los niños y niñas, también en ocasiones a sus familias, a investigarlo a través de gestos y presencias diversas. Presencias que tienen que ver con recorrerlo, invitando aquí a exploraciones corporales de sus espacios. Así pues, son frecuentes los momentos en que exploramos el medio natural o urbano (salidas con grupos de pocos niños y niñas que permiten un paseo calmado, sin prisas, atendiendo a sus pausas y a sus miradas), así como momentos de expansión, de juego, de creación en las plazas y otros lugares públicos. Es una presencia más libre y segura de los niños y niñas afuera, que les otorga posibilidades y reconocimiento, pues parece que en nuestros días los niños han perdido la posibilidad de ocupar las calles, las plazas o los bosques desde sus propias acciones. De estas distintas presencias de los niños y niñas en los espacios públicos surgen propuestas que se concretan también en formas y formatos diversos. Materializaciones de las ideas y pensamientos de los niños hacia el entorno que se traducen en instalaciones artísticas, actos poéticos acciones diversas depositadas de nuevo en el exterior. Un exterior traducido y reinterpretado

según las miradas y los pensamientos de los niños, que toman sentido cuando son de nuevo retornados a su lugar de origen. Les ofrecemos, pues, la posibilidad de transformar y todo lo que ello implica.

Pero el medio para nosotros también responde al concepto de origen: el medio en cuanto se refiere a lo material, a aquello que nos arraiga a nuestro origen más biológico, vinculándose al concepto de bienestar del que hablábamos anteriormente. Y es desde esta concepción que los materiales y materias que se facilitan a los niños persiguen esta vinculación. Así pues, son abundantes en la escuela los objetos y materiales de madera, el contacto con materias naturales, la calidez en el ambiente. También son frecuentes las inmersiones en el medio natural, hecho que nos llevó incluso a plantearnos un determinado proyecto para las zonas de juego exteriores de la escuela, así como sus usos. Las zonas de juego e investigación están dotadas también de identidad, invitan a las acciones, juegos y exploraciones diversas, y son frecuentadas por niños y niñas de las distintas edades en momentos diversos. Sentimos que sólo desde el diálogo amoroso del niño con el medio le es posible conocerlo y amarlo. Una actitud que nos procura una vida menos apresurada, más intuitiva y bondadosa, alejada de su propio y rápido consumo.

Hay muchos momentos en El Martinet que plantean elecciones y decisiones que tomar en cada uno de los niños y niñas, entre ellos el espacio vacío: un espacio, un tiempo, que plantea a cada niño qué hacer cuando no hay nada que hacer. Así, requiere de proyectos personales, de elecciones en solitario y de organizaciones personales ante un tiempo que puede ocuparse en dibujar, hablar, jugar, construir, leer... así como todo aquello respetuoso para uno mismo y para los demás. Es un reto importante que cobra mayor expresión en los que ahora son los mayores de la escuela, la Comunidad de los Medianos, y que se traduce en uno de los momentos más queridos para unos y de los más complejos para otros. El espacio vacío se perfila como un nuevo camino del proyecto, un momento iniciado este curso que promete desafíos importantes en la escucha del adulto hacia las acciones y decisiones de los diferentes niños y niñas.

Una cuestión de equilibrio

El equilibrio entre lo íntimo y lo público requiere de un especial cuidado en un proyecto comunitario. Son muchos los momentos que en El Martinet se conviven en el marco de lo común. Encontrar lo íntimo dentro de lo común es un trabajo que ocupa también nuestros pensamientos en el día a día: lo íntimo en cada uno de los niños procurando espacios personales de privacidad, lo íntimo en cada adulto, también lo íntimo para cada grupo de edad, un grupo configurado según el destino, unido por sus fechas de nacimiento. Los grupos de referencia (así son llamados los grupos formados por niños y niñas de la misma edad, de los que existen dos grupos por edad) y sus familias son acompañados a la vez por un adulto de referencia, un adulto que focaliza la mirada en un determinado grupo y acompaña a los niños y a sus familias en su paso por la comunidad. También en el seno del grupo de referencia se desarrollan proyectos y acciones que

procuran atender aquello muy específico de la edad, como los momentos de acogida y despedida o manifestaciones concretas del grupo en sí. Este adulto acompañante forma parte de un pequeño equipo de trabajo de tres personas encargadas de atender y dirigir en especial sus miradas a los dos grupos de la misma edad, permitiéndoles así un diálogo más íntimo con los niños y también con sus familias.

A pesar de esto, las familias tienen participaciones diversas, no sólo en el grupo de referencia de su hijo o hija, sino también en compromisos y acciones dentro de la comunidad. Además de ayudar en labores domésticas diarias, como la preparación del desayuno (abierto también a voluntarios y voluntarias del barrio y frecuentada por personas mayores jubiladas que pasan una parte de la mañana en la escuela), pueden participar en talleres familiares de distintos ámbitos, no con la intención de hallar respuestas concretas a las relaciones entre padres e hijos, sino desde una participación y un compromiso más personales, ya que hace posible establecer relaciones diversas con otras familias así como tener un tiempo personal dedicado a alguna propuesta o actividad fuera del ámbito laboral y el familiar. Para algunas familias recién llegadas al territorio, esta oferta de talleres les ayuda a establecer sus primeras relaciones e intercambios con otras personas, incluso también con el idioma, y la escuela pasa a ser en algunos casos su primer lugar de referencia. Son talleres gestionados por las mismas familias y realizados en su mayor parte dentro del horario escolar, para favorecer su presencia dentro de la escuela.

Sentimos que es esta presencia de las familias dentro de la escuela la que hace realidad el concepto de comunidad, presencias diversas en momentos también diversos, que se articulan bajo un respeto absoluto por lo que en la escuela sucede. Tener la oportunidad de ver y compartir el día a día de la escuela hace también posible el acercamiento y la comprensión del mismo proyecto, así como ver imágenes distintas alrededor de los niños y niñas. Imágenes después compartidas en los encuentros frecuentes con las familias que nos permiten el diálogo bajo intereses y deseos comunes.

Vivir la experiencia de proyectar y construir una escuela es enormemente fascinante y emocionante, además de inquietante e incierto. Sabemos, y hemos sido conscientes de ello, que el artículo se brinda a esta primera mirada ilusionada y posibilitadora de nuevos comienzos, pero no dejamos de ser a la vez conscientes del compromiso y la responsabilidad que recae en cada una de las muchas decisiones tomadas. Decisiones complejas que requieren a la vez de miradas amplias y calidoscópicas ante las dificultades que también son múltiples y diversas. Caminos y trayectos que implican a muchas personas y nos invitan a todos aquellos que lo deseamos a un viaje conjunto.

Un ir construyendo lo común en el marco de una vida repleta de nuevas posibilidades a la espera de nuevas miradas, nuevos proyectos, ideas e imaginarios que hagan el mundo algo más comprensible e incluso también algo mejor. En esto es en lo que, últimamente, ocupamos nuestros días y nuestros pensamientos.



El desayuno comunitario, preparado por niños, niñas y adultos, invita a hacer un descanso a media mañana.